

Vértigo

Todo lo que puede ocurrir, ocurre, si hay tiempo suficiente para ello. Eso es lo primero que me ha venido a la cabeza al tener noticia de que científicos de Korea han conseguido clonar embriones humanos, dicen que con fines terapéuticos. Desde hace tiempo se veía venir que alguien acabaría convirtiendo en realidad lo que ya era científicamente posible. Me resulta difícil comprender la reprobación de estas investigaciones atendiendo a argumentos morales, dado que las personas a quienes van dirigidas no son sino seres que sufren (en cierta manera, esta censura me recuerda a la detracción que algunas religiones hacen de las transfusiones de sangre), pero no puedo evitar ante ellas una aguda sensación de vértigo. Primero, porque uno no sabe dónde puede acabar este camino que nos lleva a desentrañar los mecanismos de la vida y, ya descubiertos, a querer enmendarle la plana al Creador. Y, luego, porque uno no tiene duda de que igual que se clonan embriones con fines terapéuticos, tarde o temprano se clonarán con fines espurios.

La ciencia avanza igual que el tiempo, de forma inquebrantable, de manera que detenerla es, por principio, imposible. Pero ese avance conlleva, más que riesgos, ineludibles efectos secundarios. En la semana en que se ha dado a conocer el éxito de la clonación, el director de la agencia atómica de la ONU anunciaba que no está lejos el día en que una organización terrorista posea una bomba atómica. No ha dicho nada que ya no supiéramos: es posible, luego acabará ocurriendo. Ello no quiere decir que la sociedad no deba permanecer alerta ante éste y otros peligros. Al contrario, la vigilancia es el único modo de retrasar su consumación y de aminorar sus efectos.

Juan Bosco Castilla